

Tiempo de terrores

Ramón Castillo



Fotograma de la cinta *Los pájaros*, dirigida por Alfred Hitchcock para Universal, 1963. (Archivo Photos / Getty Images)

VIVIMOS EN UNA ÉPOCA PROPENSA AL TEMOR, a la inquietud y la duda. Todos los días despertamos con un dolor de cabeza llamado incertidumbre. ¿Tendremos trabajo mañana? ¿Nuestra moneda se devaluará este año? ¿Esa mancha extraña que me acaba de salir es benigna?

Los monstruos que antaño asechaban en bosques tenebrosos, caminos desolados y panteones malditos hoy cobran forma como el buró de crédito, hacienda, los contratos a tres meses sin beneficios laborales, la gasolina que sube, los sueldos que bajan, en fin, puros espantos. Cada quince días, para los afortunados que pueden cobrar, un tenebroso sentimiento de perplejidad se hace presente al contemplar cómo lo recién llegado ya está comprometido.

Gilles Lipovetsky observa, no obstante, que a la par que padecemos el terror ante las amenazas del acontecer cotidiano, también gozamos con una especie de proclama efervescente por el aquí y el ahora. La exaltación del placer inmediato nos espolea a eludir cualquier medida racional. Nos arrojamos sin tiento a la aventura de cualquier tipo, conocedores de sus riesgos y, aunque el pavor nos embargue, buscamos ese espectro que la mercadotecnia y algunos autores de superación personal, que vienen a ser lo mismo, se atreven a llamar felicidad.

Así, frente al abismo de la bancarrota, buena parte de la gente declara sumergida en un trance suicida: tenemos tarjeta, venga la promoción de fin de año; no tenemos tarjeta, venga el crédito de ínfimos, e infinitos, pagos; no tenemos crédito, venga la transa. Lo importante es tener esa gigantesca televisión con lo más *avant garde* de la tecnología; el teléfono celular que hace todo menos servir como teléfono porque pierde la señal, la batería no dura y hace que el tiempo aire, literalmente, se vaya volando. El imperativo contemporáneo es entonces un sometimiento a la alegría a meses sin intereses.

Cuando se aplica una mirada más detenida, percibimos que el miedo comienza en el mismo lugar donde la confianza se anida. Quien confía tiene, como anverso del mismo sentimiento de suficiencia, un gemelo oscuro caminando bajo su sombra. Y lo sabe. El pavor a la ruina está ahí, coqueto, maledicente y trémulo ante cada logro conquistado. Todo rico teme ser pobre, todo pobre teme ser rico y luego volver a ser más pobre aún. Además, al mismo tiempo que se exalta la furia por las compras, se fomenta el temor que ellas procuran, la insatisfacción que se nos vende cada seis meses que hay una actualización del *gadget* más moderno, la venta nocturna que tiene más y mejores descuentos y no nos fue dado aprovechar.

En este mundo de plástico y celofán, al conquistar algo, hay que batallar para defenderlo, mantener su pertenencia, soportar el privilegio de contar con eso

que, según la torcida lógica que vivimos, nos debe hacer más felices, más plenos. Los momentos felices entran deslizándose como una banda magnética lo hace por alguna terminal bancaria. Sin embargo, cada logro trae oculta su derrota o, acaso, el temor a ésta. Entonces, si tenemos trabajo, vacilamos respecto a conservarlo; si tenemos salud, nos acorrala la imagen de que en cualquier momento caeremos enfermos, sin seguro social y sin ahorros; si soñáramos con comprar un carro, tememos a las aseguradoras (qué ironía), a los otros conductores, a los asaltantes, a una turba sedienta de justicia social que a su paso lo dejará inservible; si anheláramos una casa, los elementos, el descuido humano, la escasa calidad de los materiales, pensamos, la pueden echar abajo con indiferencia, sin contar las restricciones que hay que soportar a lo largo de una hipoteca de cuarenta años. Todas las noches, en nuestro país, alguien tiene terribles pesadillas que nada tienen que ver con un supuesto más allá.

Pareciera que la neurosis diaria nos convierte a todos por igual en un conjunto de paranoicos que tememos, y buscamos infructuosamente evitar, un sinfín de amenazas. Las quejas por la situación no tardan en aparecer. Aunque, para ser sinceros, cada año, cada década, parecen repetirse. Todo está muy caro, los políticos son ineptos y corruptos, los jóvenes cada vez más irrespetuosos, la música en declive, el sexo invadiéndolo todo, la decadencia ominosa de las buenas costumbres. Quejarse del signo de los tiempos es un deporte que en toda época se practica con igual ligereza. Y aun así, es claro que el terror económico de estos tiempos es nuestra particular espada de Damocles. En términos concretos, no hay forma de hacerse a un lado.

Si hace medio siglo el mundo temía un holocausto nuclear, hoy miramos con pavor las caídas en cadena de la bolsa, los embargos en Europa, las devaluaciones en otras naciones, el desempleo diario aquí mismo. Los vampiros y licántropos son risibles bajo esta óptica. Se entiende que la monstruología de otros tiempos esté por completo superada por el terror a Wall Street.



Fotograma de la cinta *Murders in the Zoo* del director A. Edward Sutherland, 1933. (Getty Images Latin America)

Los desastres económicos, esas fantasmagorías de pura abstracción especulativa, son el engendro que nos quita el sueño. Quizá por ello la vuelta gustosa y frenética a los fantasmas y demás seres de ultratumba. En el fondo, ver una película de terror nos tranquiliza porque no es real; en cambio, ver las noticias a cualquier hora, en cualquier canal de televisión, radio, medio impreso o virtual sí que obnubila el espíritu del más optimista.

Frankenstein era una alegoría de Mary Shelley sobre los nuevos tiempos, la ciencia de los hombres y su desaforada confianza. Es el primer monstruo en el que la intervención humana fue determinante para su existencia. Otros tienen un origen sobrenatural, son excepciones horripilantes, son, en estricta lógica, milagros mal avenidos, pifias de dios. En cambio el engendro del Dr. Frankenstein es fruto de la ciencia y la electricidad. En este sentido, presenciamos al primero de muchos esperpentos creados por nosotros mismos. Cada monstruo subsecuente será más horrible, letal y concreto. La especulación monetaria, su forma más acabada.

En esencia, todo conspira para que tengamos miedo. La industria vive del miedo a engordar, envejecer, a ser asaltado afuera de un cajero automático, a ser defraudado en Internet, a perder la información de la computadora, a consumir demasiado glutamato monosódico, a que tus aparatos electrónicos mueran

por una alteración de voltaje y, por ello, sea urgente comprar una garantía por tres años más. Por todos lados se nos señala lo peligroso que es vivir, lo vulnerables que somos y la necesidad que tenemos de pasarnos la vida asegurados, amarrados a un supuesto salvavidas que nos permitirá, ante la catástrofe, respirar tranquilos. La única evidencia, según esta risible perspectiva, es que con dinero suficiente uno puede olvidarse de cualquier temor.

Frente a tan insulsa confianza, no obstante, es imposible no pasmarse, puesto que el temor, cosa curiosa, sigue ahí, todavía más amenazante, todavía más presente. En el momento en que se comprende que nada es seguro y que el miedo sólo busca generar más miedo, mayor desestabilidad, menores asideros, percibimos que debemos temer al temor mismo.

De esta forma tenemos dos clases de miedo, el infligido por la dinámica de consumo y el generado por su anverso, la pobreza. La omnívora economía, sin embargo, es el basamento de todo aquel terror. No sería coincidencia que recordáramos aquel “fantasma que recorre Europa”, que proclamaban Marx y Engels y, con irónica resignación, suplantáramos el término comunismo por ese otro espectro que con auténtica furia aterroriza las bolsas de valores.

Los tiempos en que los engendros de fabulosa extracción eran la pesadilla cotidiana ha terminado. El terror no puede existir tal cual lo conocíamos cuando términos pasmosos como Dow Jones, Nasdaq o créditos *subprime* existen.

Por tal razón, hoy en día, pocas cosas son tan espeluznantes como la voz gangosa de una mujer que, a mitad de la noche y desde tétricas mazmorras, nos recuerda que el banco no tiene registrado el pago mensual a la tarjeta de crédito. Entonces, un escalofrío recorre la espalda, el sudor helado se hace presente porque faltan diez días para la próxima quincena y, todavía peor, la inquietud se agolpa en el pecho debido a que también hay que pagar renta, agua y luz. Con el humanoide Frankenstein al menos existía la posibilidad de entablar un diálogo; para terror nuestro, con los bancos no. **▲▼**